

**WICKHAM, Chris**

*The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000.*

Penguin.

Londres, 2009, 651 pp. + 10 mapas.

Chris Wickham presenta apenas cuatro años después de haber publicado *Framing the Early Middle Ages* (2005) un nuevo volumen dedicado al estudio de la transición entre el mundo antiguo y el medieval titulado, significativamente, «El legado de Roma». Los contenidos de ambas obras no son del todo coincidentes. A pesar de que su autor sigue una metodología similar y concentra su atención sobre los mismos escenarios geográficos, dos características principales separan este último libro del anterior: por un lado el análisis de los avatares históricos estudiados se extienden ahora hasta cubrir también los siglos IX y X. Por otro, se dedica una mayor atención a la cultura, estudiándola, principalmente, mediante la interpretación del papel político de los intelectuales o el perspicaz análisis de la comunicación visual de la propaganda a través de la semiótica del arte y de la arquitectura en un capítulo, el décimo, que el mismo autor considera *the central one in this book* (p. 251).

La mayor diferencia con respecto a *Framing* se encuentra, de todos modos, en el carácter general del libro. A pesar de que algunos capítulos siguen las líneas maestras ya trazadas en 2005 (pienso, especialmente, en aquellos dedicados al análisis de las sociedades campesinas y a la interpretación de los niveles de riqueza y sus conexiones con las redes del comercio interregional), *The Inheritance of Rome* ofrece al lector la única panorámica general existente hoy en día sobre la evolución del mundo postromano (y de otras zonas del norte de Europa que nunca

formaron parte del imperio) que conjuga documentos escritos y datos materiales en la interpretación de los desarrollos políticos, de las transformaciones económicas, de los cambios culturales y de las evoluciones sociales en el periodo que va desde el año 400 al 1000. Con un estilo ágil, eficaz e incluso, a veces, muy divertido, y gracias a un conocimiento de las fuentes escritas y de los registros arqueológicos sistemático, Wickham propone un cuadro articulado y muy sólido del contexto político, social y cultural en el que se fraguó la transición del mundo de Estilicón al de Gerberto de Aurillac o Basilio II.

Lógicamente, comentar una obra de tal magnitud científica, publicada, además, poco después de *Framing*, es un ejercicio complejo. Son innumerables los puntos de vista, las sugerencias y los intereses que encuentran cabida a lo largo de sus páginas. Concentrar el análisis sobre las problemáticas que tocan directamente (y son numerosas) los avatares históricos de la antigua diócesis de *Hispania* podría ser uno de los múltiples hilos que articulasen estas líneas. Seguir esta estrategia significaría, sin embargo, reducir notablemente la potencialidad de la obra y, sobre todo, traicionar el espíritu que ha llevado a Wickham a escribir, en poco menos de cuatro años, dos gruesos volúmenes de historia comparada. No en vano buena parte de la introducción está dedicada a advertir al lector sobre algunas realidades que han impedido, hasta tiempos relativamente recientes, afrontar estudios comparativos. Por un lado, las *metanarrativas* nacionalistas, concentradas exclusivamente en el estudio de una región o preocupadas por buscar en la Alta Edad Media los supuestos orígenes «nacionales» de una zona. Por otro lado, la retórica de la modernidad, no menos fantástica y vana que la anterior, que ha llevado

a ciertos historiadores a considerar el primer medioevo en función de sus posibles consecuencias posteriores, con una aproximación teleológica y ahistórica que redundaba en la incompreensión de los primeros siglos medievales y en la manipulación de sus evidencias históricas. Así, este volumen nace con un claro objetivo, subrayado por su propio autor: *Above all, I have tried to avoid teleology... Only an attempt to look squarely at each past in terms of its own social reality can get us out of this trap* (pp. 11-12).

A ello, no cabe duda, ha ayudado el desarrollo de la arqueología medieval, las aproximaciones teóricas a las fuentes escritas maduras en el contexto intelectual del *linguistic turn* y la progresiva internacionalización de los estudios sobre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, que han ido arrinconando definitivamente las tendencias historiográficas criticadas líneas arriba, constriéndolas hacia contextos de reflexión asfícticos, permitiendo, a su vez, la creación de todo un conjunto de estudios locales y regionales que han permitido, en un segundo momento, a un autor con la capacidad de análisis de Wickham, la realización de unas primeras síntesis generales con las que la historiografía estará obligada a confrontarse en las próximas décadas. Por todo ello aquí se debe seguir una línea argumental que tenga en cuenta toda la complejidad de un mundo tan dinámico y variado como el altomedieval, sin privilegiar ninguno de los escenarios comprendidos en su reflexión. No en vano, uno de los mayores méritos de este libro reside, precisamente, en ofrecer un marco interpretativo general sobre la transición entre Antigüedad y Edad Media en el que se distinguen las particularidades de cada proceso a escala local y regional sin menoscabo de la coherencia interna del sistema general en el que se insertan, con el valor añadido de haber sido publicada en una colección dirigida a un amplio público, formado no solo por especialistas.

Esta marcada voluntad de divulgación ha llevado a Wickham a una estrategia narrativa ya utilizada por Peter Brown en su *Rise*

*of Western Christendom* (en ello quizás pueda intuirse un guiño de homenaje al gran historiador irlandés): cada capítulo comienza con un episodio tomado directamente de las fuentes escritas o de los avatares biográficos de un personaje, con la excepción del capítulo 10 que, dedicado a *the power of the visual*, comienza, lógicamente, con una emocional descripción de Santa Sofía.

Así, la primera parte del volumen recorre los temas ya tratados en *Framing*. Desde la progresiva transformación del mundo romano occidental, fragmentado en toda una serie de nuevas realidades políticas, de menores dimensiones geográficas y con diferentes caracteres estructurales que su predecesor (en donde destacan la progresiva ruptura de la fiscalidad y la creciente importancia del control sobre la tierra en un contexto de paulatina debilidad del poder público) se interpretan, ya en la segunda parte, las bases de la construcción política carolingia. Los sucesos de Pipino, después de haber controlado, gracias a un golpe, el edificio administrativo merovingio, la formación política más coherente y rica del Occidente, pudieron emprender una política de consolidación de su posición política y de su riqueza patrimonial que se tradujo en una rápida expansión militar en el continente europeo hasta convertirse, junto al imperio bizantino y al califato abasí, en el tercer gran bloque sociopolítico mediterráneo.

¿En qué modo el imperio carolingio pudo ser gobernado con coherencia durante casi un siglo sin la trama fiscal y la compleja burocracia de los imperios orientales? La «paradoja carolingia» muestra la funcionalidad de formas originales de gobierno basadas en la comunicación entre sus oligarquías aristocráticas y los aparatos gubernamentales del estado que convergían en el emperador: al núcleo de leyes emanadas por el *palatium* se unía, cohesionando todo el edificio político, la participación de las aristocracias en las campañas militares, su presencia, junto a los *missi* imperiales, en las asambleas públicas en las que se dirimían asuntos de la gobernabilidad

local (como muestran los *placita*). Todo ello facilitó la construcción de una arquitectura sociopolítica funcional, sostenida, además, por un programa ideológico elaborado por Roma y alimentado por una nutrida red de intelectuales.

Esta brevísima descripción de los principios que definen el imperio carolingio sirve para mostrar sus diferencias estructurales con sus homólogos bizantino y abasí. Es aquí donde la comparación entre diferentes realidades muestra toda su capacidad heurística. Si las aristocracias regionales bizantinas aparecen en el siglo IX igual de militarizadas y radicadas en la tierra que en Occidente, las formas de su participación en la burocracia imperial con sede en Constantinopla fueron muy diferentes. En primer lugar por la solidez del estado bizantino, superviviente a la fuerte reorganización fiscal, política y militar heracliana y a las continuas pérdidas territoriales causadas por la rapidísima expansión musulmana. Sobre un territorio de reducidas dimensiones, la capacidad de acción política de las magistraturas bizantinas fue mayor y más coherente que la demostrada por los carolingios.

Aún más pronunciadas son las diferencias estructurales con respecto al imperio abasí. La conquista árabe de la ribera sur del Mediterráneo no produjo ningún tipo de alteración estructural respecto a los tiempos post-romanos. La sociedad no se militarizó. El ejército no fue asentado sobre el territorio gracias a la concesión de tierras y fue, por el contrario, acuartelado en las ciudades y pagado en moneda gracias al mantenimiento del sistema fiscal antiguo, una continuidad observable también en la fuerza de las elites urbanas. La conquista sí significó, en cambio, la separación étnica de la clase dominante árabe del resto de la población, para quien la islamización fue un potente instrumento de acceso a algunos de los resortes del poder califal. De igual forma, la riqueza de un sistema fiscal tan coherente, extendido sobre una zona de particular riqueza agrícola, además

de permitir al estado abasí convertirse en el más rico de cuantos se estudian en el libro que aquí se comenta, dio también una enorme estabilidad a su sistema político: contrariamente a cuanto sucederá en la Europa carolingia y post-carolingia, las crisis sucesorias o los golpes nunca tuvieron por objetivo poner en discusión los esquemas estructurales de su formación política.

Viceversa, el final del imperio carolingio propuso en Europa una repetición (a menor escala y con consecuencias estructurales muy diferentes) del proceso vivido en el continente tras la desorganización del imperio romano, aspecto que ha llevado a Wickham a considerarlo un «siglo V en miniatura». A su vez, la menor fuerza y el menor carisma de la autoridad central imperial dificultó su capacidad de acción a escala local, en los *comitatus*, facilitando la creación de espacios de mayor «autonomía» aristocrática. En un contexto de debilidad del poder público (salvo en ciertas zonas de Italia, como la Toscana, o en momentos de particular fuerza de algún rey, como Hugo de Provenza) las familias condales pudieron activar políticas señoriales sin ningún tipo de fricción con un poder regio debilitado. El título imperial adquirió paulatinamente un valor más teórico que real y sus capacidades mutaban hacia la coordinación de realidades independientes entre sí y no ya a la intervención directa sobre ellas, como prueban las evidencias empíricas propuestas por Wickham en los sondeos realizados sobre las conductas políticas y las estrategias económicas de algunas de las familias mejor documentadas en Europa. Todas ellas se mueven en una tesitura dinástica y señorial ya desde los años centrales del siglo X.

Procesos todos que tuvieron consecuencias económicas, políticas y sociales desconocidas en Constantinopla y Bagdad incluso en los momentos de mayor crisis de sus formaciones políticas. Cuando el califato fue perdiendo su unidad, los estados sucesores reprodujeron, a menor escala, sus principios estructurales (salvo en zonas del Kurdistán),

sin modificar significativamente los principios de fortaleza de la autoridad central y su base fiscal, como muestra el califato cordobés, en donde es posible observar un progresivo fortalecimiento de la administración central a lo largo del siglo x (aunque tampoco convenga menospreciar la capacidad política autónoma de ciertas familias de *potentes* en algunas zonas de al-Andalus). Y cuando es posible observar aristocracias cada vez más ricas, capacitadas para aumentar significativamente su control sobre la tierra, como fue el caso del Bizancio del siglo x, esto no significó ni la erosión del poder imperial ni la capacidad de acción política aristocrática a escala local en la línea visible, viceversa, en los territorios del anterior imperio carolingio. Aquí, las familias comitales pudieron, progresivamente (muy raras y contadas son las ocasiones en que tal proceso tuvo lugar bruscamente), patrimonializar sus oficios, encastillar sus bienes, disfrutar de privilegios de inmunidad sobre sus propiedades y construir numerosas clientelas militares, fundamentales para el mantenimiento de sus prerrogativas señoriales y para el fortalecimiento de su hegemonía local, en un proceso en el que la Iglesia (visible a través de la actuación política de las grandes abadías y de las catedrales) actuó siempre como *exemplum* de las sucesivas conductas político-económicas de las familias laicas, pues obispos y abades, gracias al cambio en la posición social de la iglesia ocurrido en la época carolingia, utilizaron sus patrimonios y su riqueza para construir sus propios espacios de acción señorial con algunas décadas de antelación a los procesos documentables en relación con las familias señoriales laicas.

Nada de ello se observa en Oriente. Las bases estructurales de las formaciones políticas allí situadas fueron diferentes, pues se basaban en el peso incontestable de la fiscalidad pública y en un escaso impacto de la posesión de la tierra en la construcción de coherentes sistemas de dominio. La conjunción de ambos caracteres garantizó a sus

emperadores y califas durante mucho tiempo una riqueza incomparablemente mayor que a cualquiera de sus aristócratas, otorgando una solidez a sus estructuras políticas muy difícil de observar en Occidente.

Tales diferencias encuentran eco, lógicamente, en los lenguajes artísticos y en la vida intelectual de cada región política. El arte, la planificación urbana o la reflexión historiográfica muestran tales divergencias. El final del mundo carolingio trajo consigo el crepúsculo de una comunidad de intelectuales de carácter «internacional». A partir del siglo x fue más habitual que los autores se concentrasen en la historia de sus respectivos espacios políticos (aunque siguieron existiendo notables excepciones). Bagdad se convirtió en un polo cultural de dimensiones extraordinarias y sus geógrafos e historiadores pudieron dar cuenta de un espacio común, islámico, de mayores dimensiones que la de cualquier formación política occidental. A su vez, las nuevas necesidades políticas y religiosas de las elites árabes introdujeron importantes modificaciones sobre el urbanismo romano, rompiendo las tramas viarias y concentrando sobre las mezquitas la centralidad de sus redes. A su vez, Constantinopla mantuvo su importancia cultural mientras sus elites participaban en un proceso de renovada exaltación (de cierto regusto «manierista») del pasado romano. Al mismo tiempo, las tierras de la Europa cristiana se poblaban de castillos y monasterios fundados por las principales familias aristocráticas, introduciendo la mayor novedad con respecto a los paisajes culturales del Oriente.

Pero las divergencias estructurales tuvieron otras consecuencias, ajustadas también al plano social y económico: los intercambios comerciales mantuvieron un mayor dinamismo en Oriente, gracias a la fuerza de los estados bizantino (recuperado de la crisis del siglo vii) y califal, con intercambios a larga distancia, favorecidos por el interés del poder político en el comercio. Esto no significa que en el corazón del imperio carolingio o

en otras áreas europeas no existiesen rutas comerciales a larga distancia. Los restos arqueológicos de Sutton Hoo o la existencia de toda una serie de emporios comerciales en el mar del Norte así lo demuestra, pero las economías en las que tales centros actuaban reflejan la fragmentación de sus realidades políticas que no alcanzan, hasta bien entrado el siglo XII, la capilaridad y frecuencia de los contactos comerciales a escala intrarregional observables en Oriente.

Desde el punto de vista social, la ruptura de los principios del poder público, representados en última instancia por el poder carolingio, favoreció la aceleración de procesos de poder señorial. Desde el punto de vista de las clases productivas esto representó un cambio radical en sus capacidades de acción política, que fueron progresivamente marginadas. Las elites aldeanas raramente participaron, como fue habitual aún en el siglo IX, en unas asambleas que aparecen ahora fuertemente controladas por los señores y sus clientelas armadas. Un proceso diferente se observa, sin embargo, en los espacios geográficos situados fuera del edificio político carolingio. En este caso, el ejemplo de los reinos cristianos del norte de la actual España resulta muy significativo, con una mayor presencia de unos *líderes* aldeanos más activos políticamente y mucho más militarizados que sus homólogos aquitanos o emilianos.

En conclusión, estamos ante un libro muy eficaz, en el que la periodización responde a los momentos del cambio político, social y económico tanto en Oriente como en Occidente, lo que impide la caída en simples enumeraciones de eventos y ofrece una renovada fuerza interpretativa a las etapas de evolución histórica, a pesar de que la fecha que sirve de referencia conclusiva al volumen, el año 1000, no concuerde siempre con el fin de la evolución política de muchos de los reinos cristianos de Occidente, de Pamplona a Inglaterra, o del mismo imperio bizantino (pero, claro está, continuar hubiera significado romper la unidad del

volumen y alargar sobremanera sus dimensiones). Este libro constituye, por lo tanto, una referencia inexcusable, tanto en términos metodológicos como de contenido, para quienes quieran adentrarse en el final de la Antigüedad y en las diferentes evoluciones de sus transformaciones en buena parte del mundo entonces conocido. Un volumen que, estudiado junto a *Framing*, permanecerá durante décadas como ejemplo de las formas de articular un complejo cuadro en el que, sin descuidar el dato local o caer en generalizaciones, se puedan interpretar todas las variables que entraron en juego en la génesis del mundo medieval. Una obra que, además, demuestra la esterilidad interpretativa del recurso a la generalización para interpretar la evolución histórica altomedieval, pues la fragmentación política de Europa y del mundo mediterráneo se corresponde con trayectorias y avatares que, compartiendo algunos caracteres, se desarrollan con ritmos y modalidades diferentes. Si la generalización es un ejercicio inconveniente, el recurso a la comparación, Wickham nos lo muestra de forma magistral, es uno de los mejores antidotos para combatirla.

Igor Santos Salazar